

EN TORNO A LA FUNCIÓN DE LO FRANCÉS EN *LA REGENTA*

OTILIA LÓPEZ FANEGO

En una obra tan densa, tan compleja como *La Regenta* de Clarín, múltiples son los aspectos que pueden atraer nuestra atención.¹ Voy a detenerme principalmente en «lo francés» que en ella aparece constantemente bajo distintas formas. Pero antes debo mencionar una característica importante de su estilo. A lo largo del texto surgen fragmentos de frases —de prosa o de verso— reproducidas literalmente o intencionadamente desfigurados, tanto de autores españoles como franceses. Esta técnica atrae al lector culto porque le hace sentirse satisfecho al descubrir la fuente de lo leído y superior a otros lectores, pobrecillos, que no advertirán nada ni caerán en la cuenta de que aquella expresión que acaban de leer fue escrita ya hace mucho tiempo, a veces siglos.

Este procedimiento muy extendido hoy y no sólo en obras literarias es de antiguo abolengo, como es bien sabido. Se nos viene a la mente que ya fue utilizado en gran parte de la literatura barroca. «Los autores, dice J. A. Maravall, toman un dicho conocido, una frase leída en alguna parte, [...] y lo intercalan en su propio texto.» Y añade: «Esta práctica es en cierto modo propia de épocas repletas de conflictos, de inestabilidad social y conscientes simultáneamente de ese desequilibrio e inseguridad», situación, añadimos nosotros, que parece ser endémica en España.²

Vayan a continuación algunos ejemplos que Clarín ha tomado de la literatura española:

«no cuando Dios quería... las prendas por su bien halladas... hoy mustios collados... la tierra no era el centro de las almas... lo solos que se quedaban los muertos... la música, el ruido que menos incomoda, etc., etc.»

1. Para este estudio hemos utilizado *La Regenta* en la edición de Madrid, Alianza, 1967.

2. José Antonio Maravall, *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 421.

Pero volvamos a nuestro asunto. En cuanto al léxico no descubriremos nada nuevo, afirmando la abundancia de palabras y expresiones francesas que aparecen continuamente en *La Regenta*. Podemos incluso clasificarlas en distintos grupos: 1.º Un buen número de ellas están incorporadas al texto español directamente y con su propia ortografía o adaptando ésta a la pronunciación: *sans-culotte*, *cocotte*, *truquage*, *chance*, *esprit*, *chic*, *vis-à-vis*, *bouquet* (del vino), *brusquer*, *marron foncé*, *boutade*, *la matinée* (prenda de vestir) *bibelot*, *chalet*, *petit comité*, *truqueur*, *comm'il faut*, etc.

2.º Otras han sido adoptadas por Clarín previa traducción literal, sobre todo si se carece del término equivalente en castellano. *silla larga*, *espíritus fuertes*, *hacer esprit*, *darse en espectáculo*, etc.

3.º En otras ocasiones se manifiesta la intención de Clarín de querer imponer el uso de un vocablo distinto del que después ha prevalecido: la *serre* por «*invernadero*». Alas proponía «*invernáculo*».

4.º Casi lo mismo podríamos decir tanto respecto de frases reproducidas en francés, como traducidas al castellano:

«honnei soit qui mal y pense,
decía grandes verdades sin saberlo, el estilo es el hombre», etc.

5.º Algunas parecen estar destinadas a describir el ambiente en que se mueven los personajes; y también a demostrar la erudición del autor:

a) Un cuadro con escenas de novela de *Feuillet*, muebles de *estilo Luis XV y la Regencia, Versailles*, etc.

b) La *ópera Poliuto*, el *arte de Vauban*, a lo *Rousseau*, los *carneros de Panurgo*, *discursito estilo Feuillet* pasado por la sacristía, hacerse el sentimental disimulado, como los hay en las comedias y en *las novelas de Feuillet, Abelardo, Molière, Balzac, la Revue des deux mondes*, la fortuna de un *Montecristo, Ninon, la Pompadour*, etcétera, etcétera.

6.º Más importantes nos parecen el léxico o las expresiones que le sirven para caracterizar la psicología de los personajes.

a) Algunas palabras aparecen deformadas a propósito para subrayar la incultura del que las emplea: *espifor*, en el francés de Trabuco.

b) A veces sirven para destacar la cursilería o pedantería de un personaje que usa palabras foráneas de forma insistente e inoportuna: *cachet, bibelot*, por ejemplo.

c) También nos descubren el afán de los personajes por aparentar erudición y cultura, sin poseer una opinión personal. Así algunos darán su parecer acerca de un autor o de una obra sin haberlo leído:

«los pollastres [...] que despreciaban el romanticismo y citaban a Dumas y a Sardou, repitiendo lo que habían oído en la corte», «Jamás había leído a Voltaire, pero le admiraba tanto como le aborrecía Gloucester, el Arcediano que no lo había leído tampoco», «[Don Alvaro] siempre decía que era mejor el *Don Juan* de Molière (que no había leído)»; «Aquel hombre [Alvaro] que iba a París [...] y citaba a Claudio Bernard y a Pasteur», etc.

Las obras literarias francesas de las que más alusiones o datos se encuentran en *La Regenta* son, sin duda, *El Barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro* de Beaumarchais.

En el retrato que nos hace Clarín de don Cayetano nos dice que «usaba sombrero (de teja de los antiguos, largo y estrecho) de alas muy recogidas, a lo don Basilio». En seguida echamos de ver que, en efecto, así era el sombrero de ese personaje secundario que aparece en ambas obras teatrales.³

Reminiscencias de estas obras surgen también para describir estados anímicos, fantasías, sueños, meditaciones. Así a Ana «Se le apareció el Teatro Real de Madrid y vio a don Álvaro Mesía [...] cantando bajo los balcones de Rosina. [...] Quiso pensar en aquello, en Lindoro.» En otro momento, la imaginación de la Regenta le presentará a Álvaro Mesía bajo la figura del conde Almaviva. Asimismo utilizará Clarín un detalle del *Barbero* para decirnos lo que acaba de oír el Magistral, «el chasquido de un beso. Después un chillido como el de Rosina en el primer acto del *Barbero*.» Además, Alas, poco pródigo en comunicarnos sus gustos personales lo hará, no obstante, elogiando la música que Rossini compuso para la obra de Beaumarchais, música capaz de arrebatar místicamente a la Regenta: «La música sublime de Rossini exaltó más y más la fantasía de Ana; una resolución de los nervios irritados brotó en aquel cerebro con fuerza de manía, como una alucinación de la voluntad.» Y otra vez la ópera de Rossini aparece en el sueño-pesadilla de don Víctor: «...Después los tres juntos [Ana, don Álvaro y el propio Quintanar] se habían puesto a cantar el Barbero...»

Además, ya en las primeras páginas de la novela surgen unas breves frases, a nuestro parecer, clara reminiscencia y prueba del gran poder de atracción que ejerce el famoso monólogo de Fígaro. Recordemos que un autor de la talla de Stendhal no tuvo reparo en adoptar la viveza irónica que brota de la fuerza arrolladora del revolucionario fragmento.⁴ Meditando el Magistral, desde la torre

3. Beaumarchais, *Le Mariage de Figaro*, París, Hachette, s.a., p. 52.

4. Stendhal, *Le Rouge et le Noir*, París, Nelson, 1934, tomo II, p. 9. No resistimos la tentación de citar este fragmento: «Pourvu qu'on ne plaisantât ni de Dieu, ni des prêtres, ni du roi, ni des gens en place, ni des artistes protégés par la cour, ni de tout ce qui est établi, pourvu qu'on dit du bien ni des journaux de l'opposition, ni de Voltaire ni de Rousseau, ni de tout ce qui se permet un peu de franc-parler; pourvu surtout qu'on ne parlât jamais politique, ou pouvait librement raisonner de tout.»

de la catedral, mientras observa la zona de la ciudad donde viven los nobles y los potentados, toma forma en él un sentimiento de injusticia social del que, aunque no se considere víctima, le sirve para valorar su mérito y para enaltecerse a sus propios ojos: «¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios arruinados? [...] ¿qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar.» Clara oposición entre los que sin esfuerzo alguno y por el simple hecho de haber nacido en un determinado medio social, lo tienen todo y él que, para llegar a la posición que hoy ocupa, ha tenido que luchar para conquistarla. Lo mismo que en Beaumarchais es el personaje que se siente injustamente tratado por la sociedad el que establece esta comparación y toma conciencia de ella. Pero aquí, obviamente, acaba el paralelismo entre ambas meditaciones. Fíguro proseguirá denunciando arbitrariedades y atropellos con fórmulas vibrantes que atraen la simpatía del auditorio y le convertirán, en cierto modo, en el campeón audaz en la lucha de la superioridad del mérito personal sobre los privilegios de cuna. Él sigue siendo víctima. En don Fermín que, gracias a procedimientos sin escrúpulos y a haberse aprovechado de circunstancias nada gloriosas, ha logrado vencer los obstáculos casi siempre insuperables de un origen humilde e irregular, dominan el orgullo de su triunfo, la satisfacción y la vanidad del arribista.

Digamos también que ciertas expresiones francesas pueden ser mal interpretadas por un lector poco versado en la lengua francesa. No es imposible que muchos traduzcan «être sur le retour» por «estar de vuelta», expresión que Clarín aplica a Mesía y que dentro del contexto en que aparece también tendría sentido así traducida. Lo mismo podría decirse de «esprit fort».

Y aquí queremos señalar cierta inclinación de Alas hacia la obscuridad y ambigüedad, cierto afán de desorientar o al menos poner a prueba al lector. Así cuando nos habla de los sermones del Arce-diano precisa: «todos los proyectiles de su retórica, que él creía solapada y hábil, los arrojó sobre el impío Arouet, como él llamaba a Voltaire, siempre». ¿Acaso no parece Clarín confundir deliberadamente el apellido con el seudónimo? Sigamos con los argumentos de los sermones, esta vez, de los del Magistral: «no se remontaba a los egipcios, ni siquiera a Voltaire, sino a los protestantes». ¿Resulta exacto este orden cronológico? Otro ejemplo: «Uno de los problemas que más preocupaban al amo de la casa era el de la pluralidad de los mundos habitados. Él creía que sí [...] y citaba a Flammarion y las cartas de Feijoo». Tal vez haya sido la intención de Clarín poner de relieve la erudición a medias del personaje porque creemos que nuestro autor conocía bien la literatura francesa y debía saber que la obra de la que se inspiraron tanto Flammarion como Feijoo y que lleva precisamente ese título, *Entretiens sur la pluralité des*

mondes que él cita, es de Fontenelle. Pero ninguna aclaración hay al respecto. El lector corriente no advertirá nada.

Y ya al final de la obra surge otra alusión a Fígaro, muy adecuada para desorientar nuevamente al lector inculto: «Ya ve usted (decía Orgaz), Fígaro condena el duelo y confiesa que él se batiría llegado el caso.» Y replica don Frutos: «Es que yo no soy un mal barbero.» Por último concluye Alas: «Hubo que explicarle a don Frutos quién era Fígaro.» Citaremos por último otra expresión cuya intención no se nos alcanza: «El marqués [...] el único servicio que prestaba era el de agente electoral. Pedía un puñado de candidaturas y las repartía por las parroquias electorales que visitaba en sus paseos de Judío Errante.» Todos sabemos que *El Judío Errante* (con mayúsculas en el texto) es el título de una novela de Eugenio Sue, ejemplo típico de novela folletinesca y nulo valor literario. Adoptando como título la leyenda que acerca del *judío errante* surge en el siglo XIII, tiene como argumento la difícil lucha de una familia por sus derechos, frente a los jesuitas que desean apoderarse de una herencia que no les pertenece. ¿Qué relación puede establecerse entre el caciquismo del marqués y esta obra? Confesamos nuestra perplejidad al respecto.

Pero lo más interesante desde nuestro punto de vista son aquellas alusiones y citas hechas a través de las lecturas de sus personajes con las que Clarín aprovecha para dedicarse a su afición favorita, la crítica literaria. Indicándonos las lecturas preferidas o únicas de los personajes nos enteramos de sus propios juicios literarios; porque si a personajes despreciables e incultos les gustan las obras de ciertos autores, la opinión de Clarín sobre esas obras queda sobradamente reflejada.

Veamos algunas citas intencionadas con valor crítico: Trabuco leía novelas de Pigault-Lebrun y Paul de Kock «únicos libros que podía mirar sin dormirse acto continuo». La siguiente, como en el caso del empleo de léxico francés, sirve para completar el retrato del personaje y simultáneamente el desprecio de Clarín por esos libros: «Su literatura (del marquesito) se había reducido a la *Historia de la prostitución* por Dufour, a *La dama de las camelias* y sus derivados. Ahora bien, las lecturas del Magistral, gracias a breves apostillas y sutiles comentarios de Clarín, nos permiten adivinar que sus preferencias y críticas coinciden con los juicios de don Fermín. De él nos explica Alas: «La experiencia de la vida había despertado su afición a los estudios morales [...]. Leía con deleite *Los Caracteres* de La Bruyère» y no desconocemos la profunda psicología y el pesimismo, con respecto al hombre, que emanan de este libro francés. También figuran entre sus lecturas las *Provinciales* de Pascal, esa soberbia diatriba, irónica y demoledora contra los jesuitas. Asimismo el Magistral, precisa Clarín, «en las novelas prohibidas tal vez, de autores contemporáneos, estudiaba costumbres, tempera-

mentos, buscaba observaciones, comparando su experiencia con la ajena».

Tres alusiones a Chateaubriand merecen también que nos detengamos en ellas: «*El Genio del Cristianismo*» —nos dice Clarín, «fue una revelación para Ana» «Probar la religión por la belleza le pareció la mejor ocurrencia del mundo [...]. Si su razón se resistía a los argumentos de Chateaubriand, pronto la fantasía se declaraba vencida y con ella el albedrío.» «Su estilo no era malo», precisará igualmente. El hecho de que una obra, no mediante argumentos racionales, sino apelando a la belleza de la creación y utilizando un estilo poético para apuntalar el dogma, convenza a Ana, mujer ignorante, nos hace suponer la disconformidad de Clarín, no respecto del propósito del libro, claro está, sino acerca de su método y por tanto de su dudosa eficacia. Por otra parte, al contarnos una pesadilla de Ana a ésta se le representan «las catacumbas según las descripciones románticas de Chateaubriand y Wisseman». A nuestro juicio, Alas descalifica al autor francés y al propio romanticismo. Mas acaso la condena más tajante de Chateaubriand sea la opinión del Magistral, hombre que lee y sabe juzgar sus lecturas, al decirnos el autor que «poca gracia le hacía esa retórica a lo Chateaubriand», cuando opinaba sobre los sermones de otros clérigos.

Vengamos ahora a las alusiones de Alas a Víctor Hugo. En éstas y en otras, que veremos a continuación, no solamente descubrimos el juicio crítico-literario de Clarín sino su íntimo pensamiento religioso, hondamente sincero y precisamente por ello, anticlerical, ante un clero que según él ha traicionado su misión. Fermín de Pas, al enfrentarse con su obispo, débil e indeciso, al que tiene dominado, criticando su aspecto humilde y pobretón, indigno de la majestad con que debe representar a la Iglesia, le dice: «¿Quiere usted ser el obispo de *Los miserables*, un obispo de libro prohibido?» Aquí Clarín mata dos pájaros de un tiro. Pone de relieve la egoísta y vil naturaleza del Magistral y al mismo tiempo confirma que ese mismo egoísmo y vileza impera en la Iglesia que ha condenado el libro. Por lo demás Clarín ha captado con singular perspicacia el desprecio que al clero le merecen los autores liberales que, por afán de objetividad y para no parecer sectarios intransigentes, crean en sus obras clérigos de conducta ejemplar. Es bien sabido que, desgraciadamente, la generosidad, el afán conciliador suelen ser considerados como cobardía o debilidad por los oponentes políticos y religiosos: «Cuántas veces sonreía el Magistral con cierta lástima al leer en un autor impío las aventuras ideales de un presbítero [...]. Estos liberales —añadía para sí— ni siquiera saben tener mala intención. Estos curas se parecen a los míos como los reyes de teatro se parecen a los reyes.»⁵

5. La creación del obispo Myriel le fue duramente criticada a Víctor Hugo por numerosos escritores, Michelet y George Sand, entre otros. Véase Henri

En cuanto a las dos alusiones a George Sand, bajo el mote de Jorge Sandio, por lo menos la primera parece atacar a la alta sociedad de Vetusta subyugada por el prejuicio secular contrario a la instrucción de la mujer y más todavía a que ésta quiera penetrar en las regiones intelectuales que el hombre se ha reservado para él: a Ana «la llamaban sus amigas y los jóvenes desairados Jorge Sandio». La segunda vez en que surge el apodo es la propia Ana quien, reflexionando sobre su actitud cuando va descalza en la procesión, se reprocha su falta de auténtica piedad y piensa de sí misma: «Allí iba la tonta, la literata, Jorge Sandio, la mística, la fatua, la loca, la loca sin vergüenza.» Ningún comentario del narrador nos descubre su propia opinión al respecto. Nos parece, no obstante, que existe cierto paralelismo entre la procesión «esa comedia supersticiosa y obscurantista» y el reconocimiento en ese momento, por la propia interesada de lo ridícula que es una mujer escritora, es decir como si Clarín quisiera atribuir la desfavorable opinión de Ana sobre sí misma al ambiente deprimente de la procesión.

Y esto nos lleva a ocuparnos de un aspecto que consideramos fundamental, el de la educación, especialmente referido a la mujer, aspecto que, a su vez, nos va a conducir hasta Renan. Clarín abismalmente religioso proclama refiriéndose a Ana: «Pronto volvía la fe [...]; volvía a desmoronar aquella torrecilla del orgulloso racionalismo, retoño impuro que renacía mil veces en aquel espíritu educado lejos de una saludable disciplina religiosa.» También añadirá que «su educación (era) pagana, dislocada, confusa». Además para Clarín el conocimiento del arte clásico en el que tanto predomina el desnudo, es funesto para la mujer: «Por fortuna, en el espíritu de Ana la impresión más fuerte del arte antiguo [...] fue puramente estética; [...] y gracias a ello aquel inoportuno estudio del desnudo clásico no causó estragos.» Alas, forzoso es reconocerlo, no se ha librado de uno de los prejuicios más deformantes y dañinos de la educación religiosa: la ñoñez pudibunda y ridícula. Mas, prosigamos.

Otro texto de Clarín nos aclara su pensamiento: «¿Tiene una señora derecho a escribir como un hombre? Es indudable. Como llegará a tenerlo para sentarse en el Congreso.» Más la reacción machista se presenta a renglón seguido: «Al hombre le quedará el recurso de no casarse con una diputada.»⁶

Asimismo nos dice Clarín que a Ana «nunca le habían enseñado la religión como un sentimiento que consuela: doña Camila entendía

Guillemin, *Victor Hugo par lui-même*, París, Ed. du Seuil, 1951, p. 82. Añadiremos que esta misma costumbre se da en *Lourdes* de Zola, con la creación del cura ejemplar «Pierre Froment» y ya en nuestra época en *La peste*, de Camus, con el padre «Paneloux».

6. Clarín, *Preludios*, estudio preliminar, selección y notas por Jean-François Botrel, Oviedo, Diputación de Asturias, I.D.E.A., 1972, p. 57.

el cristianismo como la geografía o el arte de coser y planchar; era una asignatura de adorno o una necesidad doméstica. Nada le dijo contra el dogma, pero jamás la dulzura de Jesús procuró explicársela con un beso de madre».

La dulzura es el rasgo dominante en la sentimental y poética *Vida de Jesús* de Renan, carente por completo de valor histórico y científico.⁷

Hay pocas alusiones a Renan en *La Regenta*. Por dos veces la calificación de *impío* aplicada a Renan no deja de ser algo ambigua ya que la emplea el narrador, pero su arte es tal que el lector, ya desde el principio familiarizado con la crítica anticlerical de todo el texto, no deteniéndose en la imprecisión del relato, alcanza espontáneamente su sentido y atribuye acertadamente esa calificación a los clérigos. La tercera alusión es la siguiente: «Las damas, aunque admiraban también aquello de que Renan copia a los alemanes [...] preferían oír al Magistral en sus sermones de costumbres.» Se trata de una interpretación deliberadamente malévola de las propias palabras de Renan cuando, antes de perder completamente la fe, explica: «Je rêvais des réformes futures, où la philosophie du christianisme, dégagée de toute scorie superstitieuse et conservant néanmoins, son efficacité morale, (là était mon rêve) resterait la grande école de l'humanité et son guide vers l'avenir. Mes lectures allemandes m'entretenaient dans ces pensées.»⁸ Por lo que hemos leído en otros escritos del propio Clarín, esto podría ser igualmente su ideal y su sueño.

También, y conociendo el entusiasmo de Clarín por el escritor francés, creemos que nos es lícito señalar una coincidencia de ambos autores. Cuando el Magistral reprende al obispo, ese clérigo caritativo, pero pusilánime, incapaz de enfrentarse con la soberbia de don Fermín que le reprocha sus liberalidades con los pobres y su descuido en el vestir, le dice: «[...] ¿Cree usted que si todos luciéramos pantalones remendados como un afilador de navajas o un limpiachimeneas llegaría la Iglesia a dominar en las regiones en que el poder habita?» Ello nos trae el recuerdo de una opinión de Renan quien, al hablar del clero aceptable por la alta sociedad, afirma: «Il fallait un prêtre mondain, lettré, aussi peu philosophe que possible, nullement théologien (qui n'eût pas l'idée de rétractations, de pénitence), [mais] ayant avec les anciennes classes ces relations d'origine et de société sans lesquelles l'Évangile a peu d'accès en

7. Recordemos que de la *Vida de Jesús* existen dos redacciones diferentes escritas por el propio Renan, con sólo meses de intervalo. Véase el excelente estudio de Georges Pholien, *Les deux «Vie de Jésus» de Renan*, París, Les Belles Lettres, 1983.

8. Ernest Renan, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, París, Calman-Lévy, 1934, p. 224.

des cercles pour lesquels il n'a pas été fait.»⁹ Condiciones de carácter intelectual somero y mundano en Renan y de presencia de distinguida clase social en Clarín, indispensables para los fines puramente terrestres, según ambos, que interesan a la Iglesia.

Sabemos que Renan estimaba mucho a monseñor Dupanloup. Tal vez por eso Clarín hará declarar al Magistral que Dupanloup era un cobarde que no se había atrevido a defender la infalibilidad del papa.

Mas aquí termina el parecido de Alas con Renan. Oigamos la opinión de éste sobre Dupanloup: «Je trouvai chez M. Dupanloup cette grande et chaleureuse entente des choses de l'âme qui faisait sa supériorité. Je fus avec lui d'une extrême franchise. Le côté scientifique lui échappa tout à fait; quand je lui parlai de critique allemande, il fut surpris [...]. L'Écriture, à ses yeux, n'était utile que pour fournir aux prédicateurs des passages éloquentes; or l'hébreu ne sert de rien pour cela.»¹⁰ Pensamos que a Alas, como a la madre de Renan la imposibilidad científica de aceptar el dogma, se le escapa: «Ma mère —dice Renan— n'était pas assez instruite pour comprendre qu'on changeât de foi religieuse parce qu'on avait trouvé que les explications messianiques des Psaumes sont fausses.»¹¹ En realidad Clarín no ha comprendido a Renan; incluso lo ha citado en apoyo propio, tergiversando su pensamiento: «la ciencia es buena porque es la verdad, sea la verdad que sea. Mas si los que no admiten que el *Eclesiastés* sea obra de Salomón, como es posible suceda a M. Frary, me dijeran: todo eso no lo escribió el hijo de Bat-Shebá, sino un admirador suyo, que vivió probablemente más de ochocientos años después [...], respondo que, aunque así fuera, aquí podríamos decir lo que antes dije de los dioses, que lo esencial para mi asunto es que haya habido quien pensara así; y resultará siempre, como reconoce el mismo Renan, que Salomón no hubiera rechazado como ajenas a su idea las elocuentes palabras que el *Eclesiastés* le atribuye». Olvida Alas que fueron precisamente los errores cronológicos y las interpolaciones en un texto que se dice de origen divino lo que hizo perder la fe a Renan.¹²

Abordemos ahora las alusiones de Clarín a Voltaire, uno de los pocos autores acerca de los que da su opinión nuestro autor. Y es que Voltaire posee el privilegio de despertar inteligencias o engendrar odios. Su valía no predispone nunca a la indiferencia. Veamos: «Porque Mourelo andaba todavía a vueltas con el pobre Voltaire.» Dos expresiones han detenido nuestra atención: el adjetivo «pobre» y el adverbio «todavía». Totalmente inexplicable resulta el adjetivo

9. Ernest Renan, *op. cit.*, p. 125.

10. Ernest Renan, *op. cit.*, p. 125.

11. Ernest Renan, *op. cit.*, p. 230.

12. Clarín, «Un discurso» en *Folleto*s, Madrid, Fernando Fe, 1981, p. 45.

aplicado a Voltaire. Ni en sentido propio ni en sentido figurado cabe una caracterización menos afortunada, más errónea, más injusta. El gesto de libertad y de rebeldía frente a toda injusticia que encarna la figura de Voltaire ha sido monstruosamente desfigurado por ese adjetivo que lo equipara a un deficiente mental, desprovisto de inteligencia y de valor, omitiendo la inmensa importancia de una de las plumas más brillantes y valientes, precisamente de un siglo luminoso como pocos, que por algo se le llama «el siglo de las luces». Por otra parte el adverbio «todavía» indica que para Clarín atacar a Voltaire es ya un anacronismo, algo totalmente desprovisto de actualidad y por tanto inútil, innecesario. Asombroso, por lo menos, nos resulta que un ingenio tan perspicaz como el de Clarín, de tan sutil como profundo conocimiento del panorama religioso español, así lo pensábamos en otro tiempo, haya caído en esa incongruencia. En nuestros días, un siglo después de la publicación de *La Regenta*, todavía sigue teniendo vigencia, para muchos, una imagen odiosa del filósofo. Todo lo que de cerca y aun de lejos toca a la Iglesia, a la fe y al clero es todavía motivo de escándalo y polémica en nuestro país. ¿Acaso no nos ha informado José R. Fernández González en su «Crónica del Simposio celebrado en Oviedo en 1984», y cito sus palabras, que «el profesor Dionisio Gamallo Fierros armó la marimorena con su dura crítica a la interpretación represiva que del sexo tiene la Iglesia Católica?»¹³ No sospechaba Clarín que bastantes años después de escrita, no podrían sus compatriotas leer su novela, ni que su hijo, rector como se sabe, de la Universidad de Oviedo, sería fusilado por aquellos que siempre han gozado del apoyo incondicional y poderoso de la Iglesia. ¡Pobre Clarín!

Este estudio pretende ahondar —resulta obvio decirlo— sin constituir ni un trabajo exhaustivo ni, por tanto, definitivo, algo más en la interpretación del estilo y del pensamiento de Clarín. Y para ello ha constituido una ayuda insustituible el analizar, aunque someramente, la importante función de lo francés en *La Regenta*, una de las mejores novelas de nuestro siglo XIX.

13. *Actas del Simposio sobre «La Regenta» de Clarín y su tiempo*, Oviedo, 1987, p. XVIII.